

# David en su madriguera

Sania Salazar Gómez



● Cómo puede una persona leer y caminar al mismo tiempo sin caerse?, me pregunté en el instante en que David Roa, librero, me contó que leía caminando. Como si le hubiera pedido el favor de que pasara por allí segundos después para comprobarme que no estaba loco, cruzó por enfrente de nosotros un

muchacho embebido en un libro. Daba cada paso con una extraña seguridad. David me lo señaló con la mano, como mostrándome uno entre mil ejemplos.

En las dos semanas siguientes a la conversación me topé de frente con tres lectores caminantes, o caminantes lectores, como quiera que se llamen (todos

hombres, casualmente). No es tan loco; finalmente, el mejor lugar para leer es aquel en el que el lector más cómodo se sienta.

David es un lector particular, por decir lo menos, por muchos motivos. Prefiere leer caminando, parado o durante un desplazamiento en taxi o en avión. Las nubes son su escenario ideal para leer, allí encuentra las mejores condiciones para concentrarse. “Cuando me siento a leer, me paro constantemente a cualquier cosa, a coger una galleta, a lo que sea”.

—Eres muy disperso —le digo.

—Sí, soy muy disperso —me responde. De repente, mira a un hombre que se acerca a la mesa donde ya llevamos un buen rato sentados conversando, cerca de la puerta de La Madriguera del Conejo, su librería.

—Qué hubo, Useche —le dice.

—Perdón, yo saludo allí —se disculpa, y me deja sola unos segundos.

La atención de David también suele arrastrar los ojos a párrafos a los que ellos



todavía no han llegado. Los atraen palabras, ideas.

Se considera un lector desordenado, también porque carece de método o de orden para leer. Más bien lee según sus antojos, deja que los libros le sucedan, aunque ese término le parece muy dulzón, por lo que se disculpa y se ríe.

Lee cada vez que puede, que es más o menos todos los días.

—No soy la persona que más lee en el mundo, pero estoy por encima del

promedio colombiano, sin duda, porque —dice— no es muy difícil —concluye con una risa tímida, claramente sarcástica.

Se lee un libro a la semana, lo que le da unos 52 al año. “Creo que uno empieza a ser un lector más o menos decente después de los 80 anuales”, dice David, un tanto exigente. En Finlandia, país modelo en lectura, el promedio de libros leídos al año por habitante llega a 47.

Esas cifras dan risa nerviosa. Según la Encuesta de Consumo Cultural del DANE, en Colombia el promedio de libros leídos por persona al año pasó de 4 a 4,2 entre 2012 y 2014. Pero hay que advertir que estas cifras corresponden a la población mayor de doce años que afirmó saber leer y escribir. La generalidad de encuestados mayores de doce años leían 2 libros al año en 2012 y 1,9, en 2014. En todo caso, no es que abunden los “lectores decentes”.

El país queda vergonzosamente mal en el estudio “Comportamiento lector y hábitos de lectura”, elaborado, en 2012, por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc). Este compara once países de América Latina, además de España y Portugal. Según el documento, el país leía en promedio, para esa época, 2,2 libros por habitante al año; lo que lo deja en el último lugar, a miles de páginas de España, que, con 10,3 libros, encabeza la lista. El primer país latinoamericano es Chile, en el tercer lugar, con 5,4 libros al año.

De la poca lectura no solo hablan las cifras. O, si no, que lo diga Simón Gárvira, hijo de un expresidente, quien, en



2012, siendo Presidente de la Cámara de Representantes, protagonizó un escándalo cuando admitió que no leyó detalladamente la ley de reforma a la justicia antes de votarla en el Congreso de la República. A muchos pudo haberles parecido anecdótico, pero es un hecho que lo deja a uno pensativo.

## Un buen lector habla de lectores

El problema también es de calidad. Conseguir lectores respetables es difícil, dice David, y ya no se refiere a gente que lea mucho, aunque, por lo general, un buen lector lee mucho; sino a lo que él califica como lectores brillantes, que ven mucho más allá de lo que la gente normal ve en el texto porque tienen herramientas, criterio, capacidades superiores a las que tienen los demás, porque, como dice él, tienen cancha leyendo.

“La lectura es una actividad muy demandante en el sentido de que la persona que lee debe hacer muchas cosas. No solo debe traducir los signos que son las palabras a ideas en su cabeza e hilar esas ideas, algo que, ya de por sí, es un trabajo arduo y que, muy al contrario de lo que se cree, la mayoría de la gente no logra —no lo logro yo muchas veces, que leo harto—; sino que, además, debe concluir lo que no está dicho en ese texto cuando el autor quiere que nosotros llegemos a eso”.

Mientras en su librería varias personas se pasean detenidamente por las estanterías en busca de un buen libro, habla precisamente del criterio que debe

adquirir el lector para definir si una obra es buena. Claro está, esa opinión no es necesariamente definitiva, pues está mediada por las preferencias personales, pero debe estar bien argumentada.

Menciona el buen gusto y la suspicacia, dos aspectos que se adquieren leyendo. Pero la prueba no se pasa tan fácil. Para ganarse la clasificación de lector brillante, hay que hacer cierto tipo de preguntas sobre el texto; lo que implica, David lo sabe bien, un proceso creativo muy fuerte. No es tan sencillo.

Conversa con desenvolvimiento, sentado con los pies estirados sobre una silla que tiene en frente. Cada tanto lo saludan clientes que se acercan a la librería. Sonríe. Se pasa constantemente la mano por el cabello negro, por la frente y por la barbilla afeitada. Habla, se corrige, sus ojos saltan de aquí para allá en busca de las palabras precisas. Sus manos no se quedan quietas, como queriendo darle fuerza a las palabras.

Un titular del diario *El Tiempo*, del 22 de febrero de 2015, parece darle la razón: “Niños colombianos pasan raspando en habilidad lectora”. La nota habla de los resultados de las más recientes pruebas Saber, que presentaron estudiantes de tercero, quinto y noveno grado del país. La conclusión: el nivel de comprensión de lectura del 90 % de los estudiantes evaluados no alcanza siquiera a ser satisfactoria.

Leer no está precisamente entre las actividades preferidas de los colombianos. Ser buen lector es, a veces, visto como una rareza. ¿Para qué lee tanto?, escuché una vez que le preguntaban a alguien. En Colombia, no es raro ver a estudiantes de

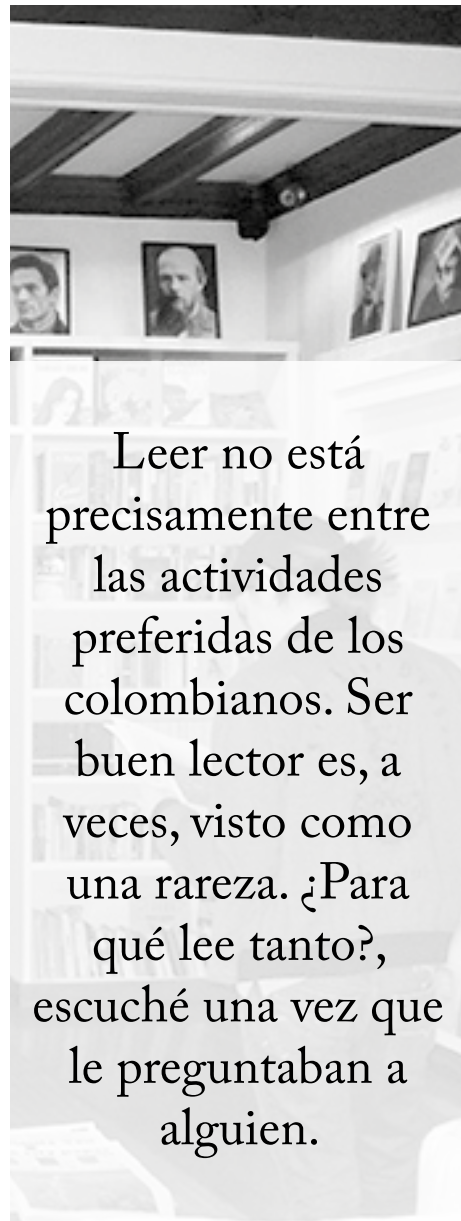
colegio buscar el resumen o la película del libro que les pusieron como tarea leer.

“Llego cansado a la casa después de trabajar y no me voy a poner a leer, quiero descansar”, escuché que protestó una vez un periodista en una sala de redacción ante el reclamo del editor porque sus periodistas no leían. Una amiga, también periodista, en cuya familia hay un escritor reconocido en el país, me decía que no tenía el hábito de leer porque en su casa no se lo cultivaron y que ahora, adulta, le había sido más difícil adquirirlo.

Para explicar cómo se logra ser un lector brillante, David acude a una comparación que tiene lógica: “muchas gente juega fútbol, pero Messi hay solo uno porque tiene unas cualidades superlativas, su juego es muy sofisticado y por eso vale tanta plata”. La clave, como en muchos otros casos, está en la práctica, pero uno no escucha que, por ejemplo, a los mejores deportistas del país les pregunten para qué entrenan tanto.

Cada tanto, sobre todo cuando se conocen los índices de lectura y el Gobierno se preocupa por subirlos, se habla de la importancia de la lectura. Pero ¿la mayoría de la gente sabe, en realidad, en qué radica la importancia de leer, de saber leer?

“Ser un buen lector es un gusto muy sofisticado, lo que no es malo. No sé por qué a la gente le molesta tanto cuando uno dice eso, nadie se debería ofender. La lectura en ese nivel es algo muy sofisticado y eso, en vez de ser una cosa, digo yo, que aleje a la gente, de repente puede motivar a una persona a ser el mejor lector del mundo”.



Leer no está precisamente entre las actividades preferidas de los colombianos. Ser buen lector es, a veces, visto como una rareza. ¿Para qué lee tanto?, escuché una vez que le preguntaban a alguien.

En Colombia, son más comunes otro tipo de referentes: deportistas, actores, cantantes, reinas, cada quien es libre de admirar a quien lo inspire. Pero, mientras que muchos niños son motivados a ser como James Rodríguez y como otros personajes que muestran en televisión, los lectores consumados son tachados, en muchas ocasiones despectivamente, de

ratones de biblioteca. La gente no le ve mucha utilidad a leer.

David es sincero y admite algo importante: no necesariamente la lectura es una experiencia fácil. Esto se debe a que hay textos complejos para los que el lector debe desarrollar ciertas habilidades y hay otros que lo confrontan. Así que se debe estar preparado para enfrentarlos y convertir la dificultad en goce.

Para David, la falta de lectura en Colombia se evidencia en los múltiples hechos violentos que se registran todos los días. El país se lee en los temas de los que la gente habla en las calles, en lo que se canta, en los prejuicios, en los chistes y hasta en la forma como se resuelven muchos conflictos familiares: a gritos.

Ahí es donde sale a relucir qué tan importante es la literatura y la lectura. Para él, no hay mucho qué esperar de un país cuyos modelos a seguir son la televisión, el reguetón y algunas emisoras homofóbicas que denigran de la mujer y llenas de prejuicios, como las que se ve obligado a escuchar por las mañanas en los taxis que lo llevan al trabajo.

“La buena literatura puede ofrecer otras alternativas de ver la vida. Puede hacer que la gente vea modelos de personalidad mucho más complejos. Puede poner a la gente en los zapatos de otro de una manera un poquito más profunda. Puede hacer que su criterio respecto a su vida sea más estructurado. Puede darle más herramientas, porque, además, la forma como uno recibe la información al leer es lenta y da la oportunidad de reflexionar. La literatura ayudaría muchísimo a que



los modelos con los que vive la sociedad fueran más estructurados y a que lo fuera también la vida política, a que la gente tuviera un criterio más profundo para vivir políticamente su sociedad. En ese sentido, creo que la literatura es fundamental”.

Lo dice él, que estructuró su vida a partir de la lectura. En su niñez, había



algunos libros en casa y su mamá solía comprarle uno que otro cuento o cómic. Pero fue en el bachillerato, cuando un profesor de literatura que pasó fugazmente por su colegio lo puso a leer *El lobo estepario* de Herman Hesse, cuando David descubrió las posibilidades que le brinda esa actividad.

## Las letras de su historia

Con una lata de cerveza *Águila* extra-grande en la mano, recuerda que su primer libro fue *El principito*, en versión bilingüe. “No sé para qué, si en mi casa nadie hablaba francés, yo menos”, relata riéndose.

Después de coquetear (pero *coquetear* le parece una palabra muy pendeja, así que



se disculpa) con la música y con el teatro durante varios años, intentos, más bien, intentos inmaduros (¡no!, pero *inmaduros* también le suena a palabra pendeja), irresponsables, más bien, terminó, no menos irresponsablemente, según él, inscribiéndose en la carrera de literatura de la Universidad Javeriana, en Bogotá.

Allí empezó a estructurar sus lecturas y a adquirir criterio. Solo pudo estudiar media carrera. Ponía música en bares y, en uno de ellos, tenía que lidiar con que el dueño del sitio le arrebatará a Shakespeare mientras sonaba, a todo volumen, Chichi Peralta. Discutió con el hombre y lo echaron.

Después de rodar por oficios varios, decidió que debía trabajar en algo relacionado con lo que más le gustaba. Repartió hojas de vida en librerías y así fue como el

oficio de buen librero se le reveló: su auténtico gusto por los libros lo convirtió en un curador de excelentes recomendaciones.

Es buen vendedor... de libros. Siente que no podría vender nada más en el mundo. Trabajar de día le impedía asistir a las clases, que, por lo general, eran entre once de la mañana y tres de la tarde. Pero su labor se cumplía entre libros, lo que lo acercó, aún más, a la lectura. Se volvió algo muy cercano a la obsesión. “Realmente la universidad la hice en la librería”.

Luego de trabajar en varias librerías, de conocer un poco el negocio y de que sus clientes lo siguieran a donde él fuera, decidió abrir La Madriguera del Conejo, en 2011, con la venia de varios socios.

En La Madriguera, la vitrina es la primera incitación a leer. Allí, con letras blancas, hay escrita una historia que cada





La buena literatura puede ofrecer otras alternativas de ver la vida. Puede hacer que la gente vea modelos de personalidad mucho más complejos.

tanto cambia. Adentro, el lector puede ojear libros y sentarse a leer con un buen café en la mesa. Los niños miran libros a su gusto sin tener demasiados ojos encima y curiosean el conejo blanco, con un corazón rosado en el pecho, que está encima de una estantería, y una coneja, con collar de perlas blancas, que hay cerca de la caja. Cero escándalo por el sonido de los libros al estrellarse contra el piso. Allí todo está pensado para una sola cosa: la lectura.

David pensó la librería como un espacio influyente en el ámbito cultural y lo ha logrado. Él y la librería son referentes en la ciudad y fuera de ella. La librería y la gestión cultural que gira en torno a ella buscan acercar los libros a la gente. Lo más importante es lograr que la gente lea. La muestra de eso es un libro de tapa dura, lila, que David tiene en las manos y cuyas páginas están en blanco. Lo mandó a hacer para que escritores escogidos por su calidad escriban a mano literatura inédita y los lectores lleguen a consultarlo libremente a La Madriguera. La idea surgió mientras leía.

La labor de David con la lectura no se limita a su librería. Es el presidente de la Asociación Colombiana de Libreros Independientes, tarea por la que recorre el país con la misma ilusión con la que piensa su librería: seducir lectores.

Parado cerca de la puerta de La Madriguera, David habla ante una docena de personas, presenta a un par de escritores que están esa noche allí para leer en voz alta. Con camisa negra, *jeans* rotos a la altura de la rodilla derecha y una constante sonrisa, cuenta lo mucho que le gusta tener la visita de estos escritores y habla de los demás que vendrán en las semanas siguientes, como es costumbre. Mueve constantemente las manos. Me pregunto cómo sería Colombia con más lectores brillantes y tan buenos conversadores como David. Tan solo con un poquito más de personas que reflexionaran constantemente sobre su entorno como él. Tan solo con un poco más de lectores. No tienen que ser brillantes. ■